



Centre d'Estudis Demogràfics

**BIENESTAR Y PATRONES RESIDENCIALES
DE LA POBLACIÓN MAYOR
CUANDO NO CONVIVE EN PAREJA:
EUROPA OCCIDENTAL, 2004-2011**

Pau MIRET
Pilar ZUERAS

426

*PAPERS
DE
DEMOGRAFIA*

2013



Centre d'Estudis Demogràfics

**BIENESTAR Y PATRONES RESIDENCIALES
DE LA POBLACIÓN MAYOR
CUANDO NO CONVIVE EN PAREJA:
EUROPA OCCIDENTAL, 2004-2011**

Pau MIRET
Pilar ZUERAS

426

L'article es presentà com a comunicació al
XI Congreso Español de Sociología
"Crisis y cambio. Propuestas desde la sociología".
Federación Española de Sociología-FES;
Universidad Complutense de Madrid.
Madrid, 10-12 de juliol de 2013.

Centre d'Estudis Demogràfics

2013

Resum

El treball analitza la població major de 65 anys que no conviu en parella en deu països europeus que van participar en les quatre edicions de la "Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe", de 2004/5 a 2010/1. Mitjançant la regressió logística per a dades panel s'analitza la relació entre conviure amb altres persones i viure sol. Controlant per edat, sexe, país de residència i cicle d'observació, es presenta l'efecte del nivell educatiu, nombre de fills, limitacions per a les activitats de la vida diària i nivell de renda. Apareix amb claredat la divisió regional, sent l'àrea amb menor probabilitat de viure sol el sud d'Europa, la intermèdia l'Europa central i la menor la dels països nòrdics. Durant la crisi, la probabilitat de viure sol ha caigut substancialment. La coresidència està associada a la pèrdua d'autonomia funcional, així com a nivells educatius i de renda baixos.

Paraules clau.- Independència residencial; Persones majors; Formes de convivència; Europa.

Resumen

Este trabajo analiza la población mayor de 65 años que no convive en pareja en diez países europeos que participaron en las cuatro ediciones de la "Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe", de 2004/5 a 2010/1. Mediante la regresión logística para panel se analiza la ratio entre convivir con otras personas y vivir solo. Controlando por edad, sexo, país de residencia y ciclo de observación, se presenta el efecto del nivel educativo, número de hijos, limitaciones para las actividades de la vida diaria y nivel de renta. Aparece con claridad la división regional, siendo el área con la menor probabilidad de vivir solo el sur de Europa, la intermedia la Europa central y la de mayor los países nórdicos. Durante la crisis la probabilidad de vivir solo ha descendido substancialmente. La coresidencia está asociada a la pérdida de autonomía funcional, así como a niveles educativos y de renta bajos.

Palabras clave.- Independencia residencial; Personas mayores; Formas de convivencia; Europa.

Abstract

This paper analyses the population aged 65 and over who do not live with a partner, in ten European countries participating in the four editions of the "Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe", from 2004/5 to 2010/1. Logistic regression for panel data is used to analyse the ratio between living with others and living alone. Controlling for age, sex, country of residence and observation wave, it shows the effect of educational level, number of children, limitations in activities of daily living and level of income. A clear regional division arises, being southern Europe the area with the lowest probability of living alone, central Europe in an intermediate position and the highest in Nordic countries. During the crisis the likelihood of living alone has dropped substantially. Coresidence is associated with the loss of functional autonomy as well as to low educational attainment and low income.

Key words.- Independent living; Older Persons; Living arrangements; Europe.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| 1.- Introducción | 1 |
| 2.- Revisión bibliográfica | 2 |
| 3.- Fuentes y análisis | 7 |
| 4.- Resultados | 12 |
| 4.1.- Evolución de las variables de control: país de residencia, edad, sexo y período de observación | 12 |
| 4.2.- El efecto del nivel de instrucción, número de hijos y renta relativa sobre el tipo de hogar | 17 |
| 4.3.- ¿A mayor número de hijos mayor probabilidad de convivir? | 19 |
| 4.4.- Limitaciones en las actividades de la vida diaria | 22 |
| 4.5.- ¿A mayor renta, mayor soledad? | 23 |
| 5.- Conclusiones y discusión | 25 |
| Referencias bibliográficas | 28 |
| Agradecimientos | 31 |

ÍNDICE DE GRÁFICOS

| | |
|---|----|
| 1.- Probabilidad por edad de vivir acompañado en lugar de en soledad (coeficientes de regresión logística con datos panel y porcentaje estimado) | 14 |
| 2.- Pautas específicas de Suecia y Alemania en la probabilidad de vivir acompañado en lugar de en soledad por edad (coeficientes) | 15 |
| 3.- Evolución temporal de la probabilidad de vivir acompañado en lugar de en soledad (coeficientes) según sexo | 17 |
| 4.- Probabilidad de vivir en compañía según número de hijos y período de observación (controlando por las otras variables incluidas hasta ahora en el modelo) | 19 |
| 5.- Probabilidad de vivir en compañía según edad y gran dificultad (controlando por las otras variables incluidas hasta ahora en el modelo) | 23 |

ÍNDICE DE TABLAS

| | |
|--|----|
| 1.- Individuos entre 65 y 95 años y observaciones en cuatro posibles situaciones de convivencia según país de residencia | 8 |
| 2.- Individuos y observaciones componentes de la muestra según país de residencia y sexo, población de 65-95 años que no convive en pareja | 9 |
| 3.- Relación de acompañamiento por edad según país (coeficientes y porcentaje estimado) | 13 |
| 4.- Relación de acompañamiento (coeficientes) según país de residencia, edad, sexo y período de observación | 16 |
| 5.- Efecto del nivel de instrucción en la probabilidad de convivir acompañado en lugar de solo (coeficientes): controlando por país de residencia, edad, sexo y momento de observación | 18 |
| 6.- Probabilidad de convivir acompañado en lugar de solo (coeficientes) en función del país de residencia, edad, género, educación y número de hijos | 21 |
| 7.- Modelo en la ratio entre vivir acompañado o en soledad | 24 |

BIENESTAR Y PATRONES RESIDENCIALES DE LA POBLACIÓN MAYOR CUANDO NO CONVIVE EN PAREJA: EUROPA OCCIDENTAL, 2004-2011¹

Pau MIRET

pmiret@ced.uab.cat

Pilar ZUERAS

pzueras@ced.uab.es

1.- Introducción

Las dinámicas de población, en especial el descenso de la fecundidad y el incremento de la esperanza de vida, han provocado un rápido envejecimiento demográfico cuyas implicaciones socioeconómicas lo han situado en el centro del debate político en Europa. La proporción de mayores de 65 años, que en 1990 era de 13,7% (EU27), se ha elevado a 17,4% en 2010 y seguirá en aumento debido a la llegada a esas edades de las generaciones del baby-boom. Con el fin de suavizar el impacto económico y social de dichos cambios, se ha desarrollado un discurso político bajo el lema de envejecimiento activo que pretende promover el empleo, la participación social y la autonomía de los mayores para así fomentar entre esta población un envejecimiento saludable y una vida independiente.

Se aborda en este trabajo la autonomía residencial de las personas mayores a través del análisis de sus formas de convivencia en algunos países europeos que presentan notables diferencias en cuanto a sus patrones residenciales. El aumento de la longevidad ha pospuesto el momento de la viudedad prolongando los años de vida en pareja, lo que favorece la independencia residencial incluso en situaciones de deterioro de la salud de uno de los cónyuges. Si bien es innegable que el modelo de convivencia más común entre la población adulta es el residir en pareja, se ha estudiado poco el modelo de hogar de quienes no disponen de ella, de manera que teóricamente pueden elegir si residen con otras

¹ El artículo se inscribe en los proyectos del Plan Nacional de I+D+I del Ministerio de Ciencia e Innovación, “Dinámica del mercado de trabajo y formación familiar en España durante el cambio de siglo”, coordinado por el Dr. Pau Miret (CSO2010-21028) y “Datos e indicadores para mejorar la estimación de la fecundidad del momento”, coordinado por el Dr. Daniel Devolder (CSO2011-29136).

personas o en solitario. Otro elemento a tener en cuenta es el alcance de la institucionalización, pues como veremos es muy diferente entre países. De hecho, si consideráramos la institucionalización como alternativa a vivir con otras personas podemos prescindir de España e Italia, pues a nivel agregado esta alternativa apenas existe. En todos los demás países la institucionalización juega un papel muy parecido, por lo que cabe preguntarse hasta qué punto el hecho de convivir con otras personas en el sur de Europa no se debe a la ausencia real de la posibilidad de optar por la institucionalización en caso de necesidad, al no existir una oferta accesible de este servicio. Al centrarnos sólo en quienes no conviven en pareja, las preguntas de investigación son las siguientes ¿la mayor o menor propensión de convivir con otras personas en relación a vivir solo es cultural o existen factores estructurales o coyunturales que explican estas substanciales diferencias? ¿Hasta qué punto la institucionalización se presenta como una alternativa factible a la coresidencia de la población mayor? Avanzamos que la respuesta a esta pregunta apunta que la distancia cultural entre países que se observa desde el principio del análisis resiste prácticamente inmutable todas las pruebas a las que se la somete.

Esta investigación se centra en quienes no conviven en pareja, preguntándose por las diferencias en las características personales y contextuales de quienes residen acompañados en relación a quienes lo hacen en solitario. Para ello se han utilizado los datos provenientes de los cuatro ciclos disponibles hasta el momento de la Encuesta de Salud, Envejecimiento y Jubilación en Europa (“Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe”, SHARE), y se han seleccionado los países que participaron en todas ellas. Concretamente, analiza el patrón residencial de la población de 66 a 95 años sin pareja coresidente en diez países de Europa occidental: Austria, Francia, Alemania, Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia, Italia y España.

2.- Revisión bibliográfica

Diversos estudios han abordado el análisis comparativo de la solidaridad intergeneracional en Europa en cuanto al intercambio de recursos, ya sean económicos o de espacio (convivencia), y la provisión de cuidados. Los mecanismos de solidaridad intergeneracional en el seno de la familia parecen responder a diferentes modelos regionales graduados de norte a sur (Kohli, Künemund y Lüdiche 2005; Albertini y Kohli

2013). En los países del sur se da una mayor frecuencia de contactos entre los padres y los hijos adultos (Hank 2005) y la convivencia en un mismo hogar o en un hogar independiente en el mismo edificio es también más común (Kalmijn y Saraceno 2008; Isengard y Szydlík 2012). Asimismo, se dan patrones diferenciados respecto a las transferencias económicas intergeneracionales, que son más habituales pero de menor intensidad en los países del norte que en los del sur (Albertini, Kohli y Vogel 2007). En definitiva, en los países nórdicos las transferencias económicas complementan las percibidas desde el Estado, mientras que en los países meridionales la solidaridad se da principalmente a través de la coresidencia y en raras ocasiones las transferencias económicas traspasan los límites del hogar, quedando los países continentales en una situación intermedia con un sistema mixto donde se suman coresidencia y transferencias monetarias (Albertini y Kohli 2013).

Las formas de convivencia de los mayores podrían estar asociadas a preferencias culturales más “familiaristas” o individualistas sobre la responsabilidad familiar en el cuidado y provisión de asistencia a la población anciana (Albertini y Kohli 2013). Si bien las distintas estrategias de solidaridad parecen responder más a las carencias institucionales que a la predisposición de los hijos en atenderlas (Kalmijn y Saraceno 2008) y configurarse en función de las necesidades cubiertas o insatisfechas por los respectivos estados de bienestar (Daatland y Lowenstein 2005). Estas carencias, junto con los patrones residenciales, con mayor prevalencia de la convivencia intergeneracional en los países del sur, así como una menor tasa de ocupación entre las generaciones femeninas más mayores, favorecen también patrones de cuidado diferenciados entre norte y sur. Mientras en los países del sur los cuidados generalmente son relegados a pocas personas dentro de la familia y con mayor intensidad y dedicación, en los países del norte y centro los cuidados informales a los mayores implican a más personas del círculo familiar o social, de tal manera que las personas mayores viviendo solas tienen mayores probabilidades de recibir ayuda que en los países del sur (Attias-Donfut, Ogg y Wolf 2005).

En todos los países europeos se ha detectado una tendencia a vivir en solitario, manteniéndose la distancia entre patrones regionales (Pampel 1992; Palloni 2001): así, la coresidencia con hijos u otras personas fuera de la pareja es más frecuente en el sur de Europa, mientras que en el norte está más extendida la institucionalización (Laferrère et al. 2013, Fernández Carro 2013) y en el centro y este de Europa se vive en mayor medida en soledad (de Jong Gierveld, de Valk, y Blommesteijn 2001; Delbès, Gaymu y Springer

2006; Zueras y Miret 2013). En particular en España se viene observando entre los mayores un aumento de la vida en solitario en detrimento de la coresidencia con hijos u otras personas fuera de la pareja (Pérez Ortiz 2006; Abellán et al. 2007). En concreto, el censo de 1991 recogía un 16,2% de solitarios entre la población de 65 o más años y el de 2001 un 19,6%, incremento que López Doblas (2005) consideró que no se debía a la erosión de la solidaridad intergeneracional, sino a una mejora en la salud y en el bienestar material de los mayores. Asimismo se constata un cambio de actitud entre los mayores españoles que, mientras las condiciones de salud lo permitan, apelan a su independencia residencial para mantener la autonomía en la gestión de su vida cotidiana (López Doblas 2013).

La mayor longevidad lleva a una extensión de la vida en pareja, pero el diferencial de supervivencia entre sexos supone una mayor probabilidad de viudedad entre las mujeres, lo que explica que ellas vivan menos en pareja que los varones. Por ejemplo, en Europa en 2000 mientras que una de cada cinco mujeres mayores de 74 años convivía en pareja, entre los hombres esta ratio era de dos de cada tres (Delbès, Gaymu y Springer 2006). Pero en ausencia de pareja, la vida en solitario es la más común para ambos sexos: así, tomando el estado civil como aproximación al hecho de tener pareja, se observa una mayor proporción de hogares unipersonales entre los viudos y divorciados que entre los casados (lo que no deja de ser una explicación endógena, pues los casados residen prácticamente siempre con su cónyuge), aunque las proporciones difieren entre el norte y el sur de Europa (de Jong Gierveld, de Valk, y Blommesteijn 2001; Delbès, Gaymu y Springer 2006). Se ha observado que el divorcio afecta negativamente la relación entre padres e hijos a largo plazo reduciendo la intensidad de las relaciones intergeneracionales también en la vejez (Albertini y Garriga 2011). En este sentido, se percibe una menor propensión a vivir con hijos entre los divorciados (Aquilino 1990; Pezzin y Schone 1999, Kalmijn y Saraceno 2008), así como una menor probabilidad de vivir solos y mayor propensión a residir en instituciones de los solteros (Delbès, Gaymu y Springer 2006).

La edad también está relacionada fuertemente con las formas de convivencia de los mayores, pues a partir de los 75 años la vida independiente disminuye con la edad. Los motivos que se aducen son variados, así los relativos a la mala salud o a la limitación funcional (Pezzin y Schone 1999; Festy y Rychtarikova 2008; Zueras y Ajenjo 2010). Sea por fragilidad o por soledad, los más ancianos viven más frecuentemente en instituciones o cohabitan con hijos u otras personas. Así, a partir de los 75 años la pérdida de

independencia residencial es una situación cada vez más frecuente con la edad entre las personas que no tienen cónyuge, incluso a igual estado de salud autodeclarado.

En cualquier caso, la pérdida de capacidad funcional erosiona la independencia residencial y aparece asociada a la convivencia con otros o a la institucionalización (Bishop 1986; Speare, Avery y Lawton 1991; Mutchler y Burr 1991; Worobey y Angel 1992; Mickus, Stommel y Given 1997; Zueras y Ajenjo 2010). Sin embargo, a nivel europeo se han observado particularidades según regiones. Así, la pérdida de capacidad funcional, y en especial cuando no se dispone de pareja, reduce la probabilidad de vivir solo en los países del sur de Europa, donde la provisión de servicios sociales es menor, pero no en los países del norte (Iacovou 2000), donde la institucionalización es una opción más frecuente en estos casos (Delbès, Gaymu y Springer 2006; Laferrère et al. 2013).

En el caso de vivir acompañado en la vejez, lo más común es hacerlo con los hijos. Algunos estudios observan que un mayor número de hijos aumenta la probabilidad de pasar de vivir solo a corresidir con alguno de ellos frente a convivir con otras personas o institucionalizarse (Spitze, Logan y Robinson 1992). En Europa este efecto positivo sólo se aprecia en los países del norte donde la movilidad interregional es mayor (Iacovou 2000), por otro lado también se ha observado que haber tenido un solo hijo favorece la convivencia con él en la vejez después de la viudedad (Zueras 2012).

Finalmente, también las características socioeconómicas son discriminantes en las formas de convivencia de los adultos mayores. Así, un elevado nivel de instrucción o altos ingresos están asociados a una mayor independencia residencial (Palloni 2001). Aunque es cierto que un nivel educativo elevado está relacionado con una mayor esperanza de vida libre de discapacidad (Robine, Romieu, y Cambois 1999), se observa el mismo efecto entre los mayores de 74 años con discapacidad: la corresidencia con otras personas diferentes de la pareja es menos frecuente también entre los que tienen un mayor nivel educativo, con independencia de su estado civil (Festy y Rychtarikova 2008). Por otro lado, aunque se han encontrado evidencias de que los recursos económicos determinan las formas de convivencia y favorecen el mantenimiento de la independencia residencial (Bishop 1986; Mutchler y Burr 1991), la relación positiva de los ingresos con la vida en solitario no es siempre lineal, pues algunos estudios muestran que el nivel económico es discriminante sólo para los cuartiles intermedios, lo que sugiere que la renta tiene efecto únicamente alrededor de un umbral que permite o no el mantenimiento de la vida independiente (Iacovou 2000).

Más allá de las características individuales, los patrones residenciales de los adultos mayores responden no sólo a sus necesidades y oportunidades sino a las de sus hijos, la convivencia es más frecuente con hijos divorciados, viudos, desempleados o que siguen estudiando (Albertini y Kohli 2013). Las formas de convivencia están a su vez condicionadas por la influencia de cambios coyunturales como el devenir de una crisis económica. Una comparativa europea muestra que la mayor propensión a vivir con los hijos en la vejez está relacionada con indicadores macroeconómicos, de manera que esta forma de convivencia parece aumentar como respuesta a la incertidumbre económica (Isengard y Szydlik 2012).

El presente artículo parte de la hipótesis que en ausencia de pareja corresidente y siempre que las condiciones económicas y de salud lo permitan, la probabilidad de residir en un hogar unipersonal es significativamente superior a la de vivir con otras personas, sean o no éstas familiares, o de estar residiendo en una residencia colectiva. Esta declaración inicial se confirmará si, para empezar, encontramos que la población vive más acompañada y menos en solitario o institucionalizada cuanto más años va cumpliendo, pues con la edad disminuye la autonomía personal. También habría que constatar si en tiempos de crisis económica se reduce la proporción de solitarios, en comparación con los momentos de bonanza, pues mientras que las dificultades fuerzan a compartir residencia, los buenos tiempos incrementan la libertad para escoger el tipo de hogar en que se vive. La relación de la coyuntura económica y la institucionalización no está tan clara, pues todo depende de las plazas públicas que se ofrezcan en cada país. Igualmente, esperamos comprobar que a mayor nivel educativo, mayor residencia en un hogar unipersonal, lo que se explicaría también por la mayor capacidad de elección que otorga el nivel de instrucción. Finalmente, consideramos la disponibilidad de hijos como principal recurso convivencial en la vejez, en especial cuando las condiciones de salud de los padres requieren de asistencia, de manera que se espera que el mayor número de hijos aumente la probabilidad de residir con alguno de ellos y disminuya la de la institucionalización. Para afinar el análisis se han incluido variables individuales de limitación funcional y económicas, que se espera erosionen el efecto de la edad y del nivel educativo respectivamente. De un lado, se espera que el mayor nivel de ingresos favorezca la vida en solitario mientras que una mayor limitación en las actividades básicas (ABVD) o instrumentales (AIVD) de la vida diaria aumenten la probabilidad de convivir con otras personas, con mayor intensidad en el sur.

3.- Fuentes y análisis

Se utiliza como fuente de datos SHARE (*Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe*), un panel de hogares de periodicidad bianual publicado desde 2004-2005 y cuyo último ciclo disponible, el cuarto, es de 2010-2011. La muestra es representativa para cada país de la población mayor de 50 años no institucionalizada en cada momento de observación y que habla correctamente el idioma oficial de cada país. Además, la encuesta recoge información sobre quien, a partir de su inclusión en la muestra, fue institucionalizado en ciclos posteriores, lo que permite evaluar la importancia de este fenómeno.

En el lanzamiento de SHARE se incluyeron once países cubriendo Escandinavia (Dinamarca y Suecia), Europa central (Austria, Francia, Alemania, Suiza, Bélgica y Holanda) y Europa mediterránea (España, Italia y Grecia). El segundo ciclo, dos años más tarde, conforma como panel a esta operación estadística, pues sigue a las personas que habían sido seleccionadas en la muestra del ciclo anterior, refrescándose la muestra con personas nacidas en 1955 y 1956, que habían cumplido 50 años entretanto. La tercera oleada, denominada SHARELIFE, suma al panel una dimensión retrospectiva, pues añade las historias de vida de la población entrevistada: entre otros aspectos, se pregunta por las parejas e hijos que han convivido con el individuo entrevistado, los lugares de residencia y las historias laborales. De momento tenemos a nuestra disposición hasta el cuarto ciclo, que nos enfrenta a las repercusiones producidas por la crisis económica que padecemos.

En definitiva, la estructura de SHARE es jerárquica con cuatro niveles: país, hogar, individuo y observación. En el procedimiento de recogida de datos, una vez seleccionada la muestra representativa de los individuos mayores de 50 años residentes en un país determinado, se pasa a entrevistarlos, así como también a sus parejas en el momento de observación y a todas las personas mayores de 50 años que conviven en su mismo hogar (véase Klevmarken et al. 2005).

En este estudio se analizan los diez países que han completado el panel en toda su longitud (cuatro ciclos), por lo que se excluye a Grecia, que interrumpió su participación en la cuarta ola, seleccionándose en primer lugar a todas las personas entre 66 y 95 años y, en segundo lugar, a una persona por hogar, con lo que este nivel no estará presente en el análisis.

La tabla 1 expone el número de individuos seleccionados en las cuatro estructuras de hogar inicialmente posibles: 1) residiendo en una institución, 2) conviviendo en pareja, 3) en hogar privado unipersonal y 4) en compañía de personas fuera de la pareja.

Tabla 1.- Individuos entre 65 y 95 años y observaciones en cuatro posibles situaciones de convivencia según país de residencia

| | Institucionalizados | | | | Conviven en pareja (en hogares privados) | | | |
|-----------|---|---------|-------------------|---------|---|---------|-------------------|---------|
| | Individuos (%) | | Observaciones (%) | | Individuos (%) | | Observaciones (%) | |
| | | | | | | | | |
| Austria | 53 | (2,14) | 56 | (1,62) | 1.047 | (42,37) | 1.443 | (41,74) |
| Alemania | 31 | (1,97) | 42 | (1,44) | 910 | (57,70) | 1.819 | (62,25) |
| Suecia | 57 | (3,10) | 64 | (1,80) | 955 | (51,90) | 1.977 | (55,46) |
| Holanda | 53 | (3,41) | 66 | (2,19) | 850 | (54,70) | 1.702 | (56,53) |
| España | 22 | (1,11) | 29 | (0,81) | 1.069 | (53,72) | 2.072 | (58,20) |
| Italia | 5 | (0,25) | 5 | (0,13) | 1.150 | (58,26) | 2.356 | (61,71) |
| Francia | 45 | (1,62) | 63 | (1,31) | 1.218 | (43,81) | 2.153 | (44,94) |
| Dinamarca | 60 | (4,70) | 84 | (3,16) | 535 | (41,93) | 1.184 | (44,48) |
| Suiza | 30 | (1,95) | 32 | (1,31) | 848 | (55,14) | 1.310 | (53,62) |
| Bélgica | 96 | (3,99) | 111 | (2,34) | 1.136 | (47,18) | 2.357 | (49,79) |
| | No conviven en pareja (en hogares privados) | | | | | | | |
| | En soledad | | | | En compañía | | | |
| | Individuos (%) | | Observaciones (%) | | Individuos (%) | | Observaciones (%) | |
| Austria | 1.185 | (47,96) | 1.702 | (49,23) | 186 | (7,53) | 256 | (7,41) |
| Alemania | 558 | (35,38) | 951 | (32,55) | 78 | (4,95) | 110 | (3,76) |
| Suecia | 719 | (39,08) | 1.402 | (39,33) | 109 | (5,92) | 122 | (3,42) |
| Holanda | 602 | (38,74) | 1.173 | (38,96) | 49 | (3,15) | 70 | (2,32) |
| España | 519 | (26,08) | 839 | (23,57) | 380 | (19,10) | 620 | (17,42) |
| Italia | 548 | (27,76) | 987 | (25,85) | 271 | (13,73) | 470 | (12,31) |
| Francia | 1.309 | (47,09) | 2.278 | (47,55) | 208 | (7,48) | 297 | (6,20) |
| Dinamarca | 604 | (47,34) | 1.300 | (48,84) | 77 | (6,03) | 94 | (3,53) |
| Suiza | 595 | (38,69) | 1.019 | (41,71) | 65 | (4,23) | 82 | (3,36) |
| Bélgica | 1.013 | (42,07) | 2.007 | (42,40) | 163 | (6,77) | 259 | (5,47) |

Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, ciclos 2004/5, 2006/7, 2008/9, 2010/1.

El total excede del 100%, pues un individuo puede estar en más de una situación durante el período de observación, al tratarse de cuatro ciclos. Por el contrario, a nivel de observación los valores suman exactamente el 100%, pues en cada ciclo una persona sólo puede encontrarse en una de las situaciones registradas. No obstante, en todos los países sin excepción, en ausencia de pareja lo más habitual es vivir solo. Incluso en aquellos países con menores porcentajes de población viviendo sola, España e Italia, esta proporción es notablemente superior a la de aquellos que conviven con una compañía que no es específicamente la pareja. Por ejemplo, en este último país las proporciones de población

mayor de 65 años en hogar unipersonal doblan las de quien vive con otras personas. Con todo, hay que recordar que en algunos países la opción de vivir en compañía se sitúa a la par con la de estar institucionalizado (como es el caso de Suecia o Suiza) o incluso esta última situación de residencia es más habitual que vivir con otras personas, como es el caso de Bélgica o, de manera muy destacada, de Dinamarca.

Al seleccionar los individuos que no conviven en pareja, la submuestra final la integran 8.913 individuos (un 72% mujeres: un alto desequilibrio entre sexos a causa de la mayor supervivencia de la mujer) observados en 16.590 ocasiones (tabla 2). En definitiva, la información recogida está agrupada en 10 países (3^{er} nivel de análisis: país de residencia), de los cuales se han seleccionado una persona de referencia de entre 66 y 95 años por cada hogar (2^o nivel de análisis: individuo) durante un máximo de cuatro observaciones temporales (1^{er} nivel de análisis: episodio) en que la persona se ha mantenido dentro del rango de edades mencionado. La suma de los porcentajes es del 100% tanto para los individuos como en los episodios, pues no hay ninguna persona que haya cambiado de país de residencia y haya sido seguida en la encuesta. Finalmente, la inclusión de las variables sobre ingresos económicos y limitaciones para las actividades de la vida diaria ha requerido prescindir de la tercera oleada y reducir la submuestra, ya que el SHARELIFE no recoge dicha información.

Tabla 2.- Individuos y observaciones componentes de la muestra según país de residencia y sexo, población de 65-95 años que no convive en pareja

| | hombres | % | observaciones | % | mujeres | % | observaciones | % |
|-----------|---------|--------|---------------|--------|---------|--------|---------------|--------|
| Austria | 297 | 12,35 | 408 | 9,90 | 1.024 | 16,16 | 1.550 | 13,01 |
| Alemania | 171 | 7,11 | 269 | 6,53 | 440 | 6,94 | 792 | 6,65 |
| Suecia | 261 | 10,85 | 491 | 11,92 | 498 | 7,86 | 1.033 | 8,67 |
| Holanda | 177 | 7,36 | 334 | 8,11 | 455 | 7,18 | 909 | 7,63 |
| España | 199 | 8,27 | 319 | 7,74 | 614 | 9,69 | 1.140 | 9,57 |
| Italia | 211 | 8,77 | 365 | 8,86 | 554 | 8,74 | 1.092 | 9,16 |
| Francia | 364 | 15,14 | 606 | 14,71 | 1.089 | 17,18 | 1.969 | 16,52 |
| Dinamarca | 197 | 8,19 | 410 | 9,95 | 432 | 6,82 | 984 | 8,26 |
| Suiza | 188 | 7,82 | 302 | 7,33 | 448 | 7,07 | 799 | 6,70 |
| Bélgica | 340 | 14,14 | 616 | 14,95 | 783 | 12,36 | 1.650 | 13,84 |
| | | | | | | | | |
| Total | 2.405 | 100,00 | 4.120 | 100,00 | 6.337 | 100,00 | 11.918 | 100,00 |

Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, ciclos 2004/5, 2006/7, 2008/9, 2010/1.

Complementariamente y a partir del segundo ciclo podemos descubrir en algunas situaciones en qué situación residencial se partía. No siempre, pues no en todos los casos se ha podido seguir a la persona a lo largo de todo el período de observación, dándose muchas pérdidas y otras tantas incorporaciones a la muestra: de hecho, no llega a un 40% los casos en que podemos reseguir la biografía residencial de los individuos que no viven en pareja. Esto nos imposibilita el análisis longitudinal, obligándonos a un análisis transversal en que un individuo que no convive en pareja reside o bien en un hogar unipersonal, o en uno privado multipersonal o en una institución (este último a partir del segundo ciclo). En esta investigación nos centraremos en la primera relación, es decir, en la que se establece entre quienes viven en un hogar unipersonal y quienes residen en uno multipersonal sin estar institucionalizado.

En definitiva, a nivel operativo, la variable dependiente recoge la ratio entre la probabilidad de vivir con otras personas o en un hogar unipersonal, que denominaremos como “relación de acompañamiento” (RA). Esta variable dependiente es dicotómica, por lo que la técnica apropiada es la regresión logística. Aunque tratemos con información transversal (pues en cada ciclo la encuesta es representativa para la población mayor de 50 años) las muestras no son independientes entre sí, pues en un panel los mismos individuos son entrevistados en repetidas ocasiones, y sólo hay nuevas incorporaciones para conservar la representatividad transversal a pesar de las pérdidas de la muestra original. Ello precisa de la utilización de la regresión logística específica para datos panel. En el capítulo de resultados presentamos el proceso de construcción del modelo final paso a paso (añadiendo progresivamente las variables incluidas en el modelo general), pues de esta manera discernimos entre los factores que deben o no ser incluidos en el modelo general, explicando por qué forman parte de la explicación o han sido desechados.

Se relaciona la RA con una serie de variables independientes, una vez se ha controlado por edad, sexo, país de residencia y ciclo de observación. Estas variables independientes son el nivel educativo, el número de hijos, el nivel de ingresos y las limitaciones para las actividades de la vida diaria. A cada paso se incluye una de las variables, testando posibles interacciones con otras de las variables incluidas en el modelo, conservando aquellas que son significativas y replanteando el efecto de las variables en el modelo y las posibles modificaciones que se constatan.

El currículum educativo varía en función del país observado. La “International Standard Classification of Education (ISCED)” es el instrumento más eficaz para comparar el nivel

de instrucción entre países. En SHARE cada país clasifica la educación en función de su propio currículum y una vez recogidos los datos se estandarizan a posteriori según las categorías de ISCED97. La adaptación de esta clasificación a los diez países aquí considerados obliga a reducir las categorías a tres: 1) máxime educación básica u obligatoria, 2) educación media y 3) educación universitaria. Queremos destacar, por último, que esta variable no cambia con el tiempo, es decir, permanece a nivel de individuo a lo largo de toda la biografía registrada del mismo, no de la observación en un ciclo determinado (ello es así porque estamos tratando con población mayor de 65 años, y a estas edades el aumento en el nivel de instrucción es inapreciable).

La encuesta recoge información sobre la realización de diversas actividades de la vida diaria en variables dicotómicas que codifican con *1* si el entrevistado declara dificultad para llevarlas a cabo (y *0* en caso contrario). Siguiendo los indicadores clásicos de la literatura se han agrupado aquí en dos categorías, las actividades básicas de la vida diaria (ABVD) y las actividades instrumentales en la vida diaria (AIVD), que acumulan en sendas variables el número de actividades para las que el entrevistado declara dificultad para su realización. Las ABVD se refieren en este caso a: comer, vestirse, levantarse y acostarse en la cama, caminar, bañarse e ir al baño; y las AIVD incluyen: llamar por teléfono, hacer la compra, coger transportes públicos, preparar comidas, tomar sus medicinas, administrar dinero y hacer tareas del hogar. Ambas dimensiones en el quehacer cotidiano se han descubierto tremendamente interrelacionadas, por lo que utilizaremos sólo la que han resultado más discriminantes, la AIVD.

Para dar cuenta del nivel económico individual se ha calculado una variable a partir de los ingresos económicos individuales, que la encuesta recoge desagregados por tipo de entrada. Se han sumado todos los ingresos y se ha calculado el cuartil de pertenencia dentro de cada país y período para toda la población entrevistada de 65 a 95 años. El nivel de ingresos suele ser una variable con un elevado porcentaje de casos sin información (que en concreto oscila en la SHARE entre el 15 y el 30% según país), lo que supone una pérdida importante de casos, de manera que se ha optado por incluir en el modelo la categoría de “sin información”.

4.- Resultados

4.1.- Evolución de las variables de control: país de residencia, edad, sexo y período de observación

A continuación presentamos un modelo en que la RA está en función de una serie de variables explicativas que se irán introduciendo progresivamente. En el análisis con datos de panel no se pueden traducir directamente los coeficientes obtenidos a proporciones o probabilidades, sino que sirven sólo para describir los cambios acaecidos (Rabe-Hesketh y Skrondal 2008). Por ello se han estimado las proporciones observadas a partir del análisis de un solo ciclo de SHARE. Para empezar, describiremos el efecto de las variables estructurales de control y su evolución en el tiempo.

Al iniciar la construcción de este modelo presentamos únicamente la descripción de los patrones según país de residencia (tabla 3). La división espacial recogida en la bibliografía aparece con claridad. Así, se presenta un conjunto de países que destacan porque la población mayor reside en mayor medida en hogares de solitarios: son, de mayor a menor soledad, Holanda (con un nivel de compañía claramente distante del resto de países observados, pues no llega a un 5,5%), el conjunto formado por Dinamarca y Suiza y, en menor medida, Suecia (todos ellos con un porcentaje de entre el 6,5 y el 8%). Un segundo grupo une a Europa Central: Alemania, Bélgica, Francia y Austria (sin una diferencia estadísticamente significativa entre ellos: con una proporción de alrededor de un 11%). Finalmente, el conjunto formado por Italia y España, representantes de la Europa mediterránea, presentan una probabilidad de vivir en compañía significativamente mayor que en sus países europeos vecinos: de hecho, sus porcentajes estimados de quienes viven acompañados entre quienes no conviven en pareja son tres veces superiores a los anteriores para Italia y cuatro veces en el caso de España.

Debemos recordar que los países en que vivir acompañado es una opción menos extendida coinciden con aquellos de mayor población institucionalizada y viceversa: la institucionalización es residual precisamente en España e Italia, los dos países en que residir acompañado está más extendido.

Sobre la diferencia regional vamos a añadir la pauta por edad: en general, la probabilidad de vivir acompañado en vez de solo se reduce ligeramente entre los 66 y los 70 años, se estabiliza a partir de entonces y se incrementa con fuerza a partir de los 80 años (gráfico 1), pues desde esta edad en adelante, a más años, mayor probabilidad de convivir con otras

personas en lugar de hacerlo en soledad: en concreto, mientras que esta proporción es del 10% a los 80 años, alcanza un 25% a los 95 años. Hemos comprobado a través del análisis longitudinal que la mayor propensión a vivir solo entre los 66 y los 70 años se da con independencia del tipo de hogar anterior, es decir, no se encuentra relacionada con ningún proceso específico como pudiera ser la emancipación de los hijos en hogares monoparentales: todo parece indicar que hasta los 70 años se vive más solo porque así se decide. Por otro lado, lo que ocurre a partir de los 80 años es lo pronosticado: a mayor dependencia por razón de edad, mayor probabilidad de residir con otras personas. En este mismo sentido, y adelantando una información que desvelaremos más adelante, añadir que la edad dejará de ofrecer información valiosa en cuanto incluyamos en el modelo un indicador sobre las condiciones de salud de los individuos. Además, también a partir de los 80 años se constata que se incrementa de manera substancial la tasa de institucionalización: en otras palabras, es la edad en que en Europa occidental las personas precisan de ayuda en el hogar en que viven para su quehacer cotidiano.

Tabla 3.- Relación de acompañamiento por edad según país (coeficientes y porcentaje estimado)

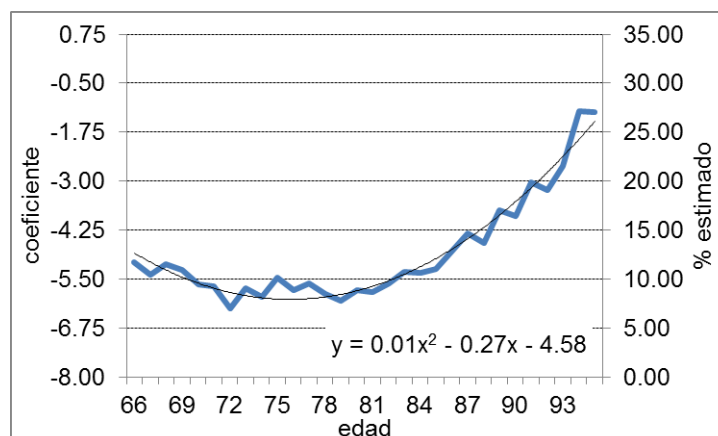
| | Coeficiente | significación | % estimada |
|-----------|-------------|---------------|------------|
| Holanda | -1.58 | *** | 5.45 |
| Dinamarca | -0.98 | *** | 6.60 |
| Suiza | -0.96 | *** | 6.83 |
| Suecia | -0.53 | ** | 7.76 |
| Alemania | -0.37 | ns. | 10.44 |
| Bélgica | -0.15 | ns. | 10.91 |
| Francia | -0.12 | ns. | 10.73 |
| Austria | 0.00 | ref. | 11.83 |
| Italia | 2.71 | *** | 31.35 |
| España | 3.88 | *** | 41.23 |

| | Coeficiente | error estándar |
|----------|-------------|----------------|
| /Insig2u | 2.71 | 0.05 |
| sigma_u | 3.87 | 0.09 |
| rho | 0.82 | 0.01 |

Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/11.

Nota.- Nivel de significación *** 99%, ** 95%, * 90%, “ns” no significativo.

Gráfico 1.- Probabilidad por edad de vivir acompañado en lugar de en soledad (coeficientes de regresión logística con datos panel y porcentaje estimado)



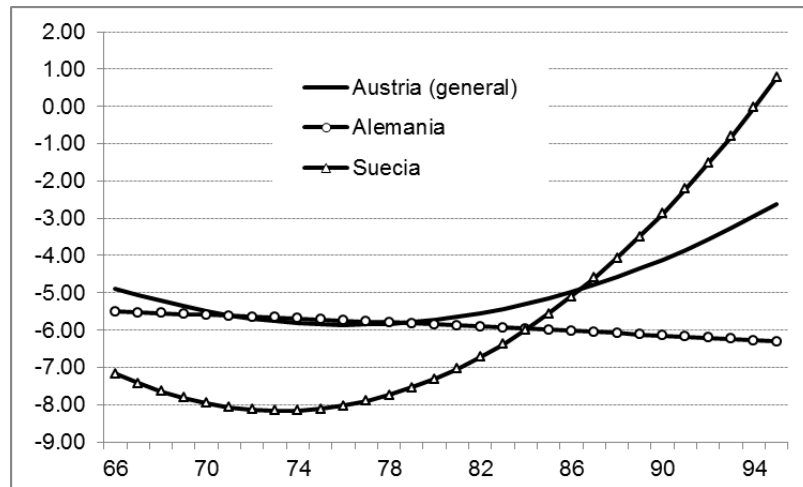
Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/1.

Esta pauta se puede reducir técnicamente a un modelo con la edad en formato continuo (en lugar de discreto), utilizando dos factores, a saber, la edad simple y la edad cuadrática, de acorde con la ecuación que aparece en la escuadra inferior derecha del gráfico 1. Por ello, a partir de ahora, por mor de la parsimonia, el modelo incluirá estos dos factores en lugar de las treinta categorías de edad discretas con las que habíamos iniciado el análisis.

Con todo, la RA de los países se mantiene al introducir la edad en el modelo, es decir, el ranquin presentado no se debía a una estructura por edad diferencial. En otras palabras, ni los países en que se reside más en soledad son aquellos con mayor proporción de menores de 80 años (los que más viven solos), ni los países en que se reside más en compañía (en ausencia de pareja) coinciden con los de mayor proporción de mayores de 80 años, cuya probabilidad de vivir acompañados se incrementa exponencialmente con la edad. En definitiva, la diferencia geográfica observada no ha sido causada por una estructura por edad diferencial, persistiendo de momento la hipótesis de la cultura específica de los países, pues viven más en soledad los del norte, menos los de centro Europa y mucho menos los del sur, sin que ello se achaque a que unos están más envejecidos que otros.

Debemos añadir que esta pauta de edad, en especial el aumento en la probabilidad de estar acompañado a partir de los 80 años, se da de manera más contundente en Suecia, en comparación con los otros países analizados. Además, en Alemania la edad no supone un factor a tener en cuenta al evaluar la opción de vivir en un hogar privado multipersonal frente a que el mismo sea unipersonal, pues esta variable no es significativa (gráfico 2).

Gráfico 2.- Pautas específicas de Suecia y Alemania en la probabilidad de vivir acompañado en lugar de en soledad por edad (coeficientes)



Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/1

Este importante incremento de la convivencia a edades avanzadas observado en Suecia podría deberse no sólo a que los ancianos vivan más acompañados sino también al efecto de una mayor propensión a la institucionalización de los mayores cuando tienen dificultades para seguir viviendo solos. Es decir, la salida de observación de la población residente en hogares que vivía sola y que se ha mudado a una residencia podría explicar parcialmente una mayor proporción de coresidencia entre las edades más avanzadas. Para confirmar esta hipótesis debemos acometer un análisis longitudinal que capte estos procesos de institucionalización. De todas formas, esta variable que ahora se nos presenta tan importante se diluirá -tal y como hemos comentado- al añadir al modelo las dificultades de los individuos en la vida diaria.

En el siguiente paso nos preguntamos por la evolución temporal de la relación de acompañamiento. No se ha observado diferencia significativa en la probabilidad de vivir acompañado en vez de solo para los tres primeros ciclos (2004/5 a 2008/9), pero a partir del cuarto (2010/11) se ha registrado un substancial incremento de hogares compartidos en detrimento de quienes viven solos. Es decir, la crisis ha provocado que la gente mayor conviva más acompañada y menos sola, sin que lleguemos a establecer a estas alturas de la investigación quien ayuda a quien en el interior del hogar: en otras palabras, no sabemos si la gente mayor convive con otras personas para ayudar a los convivientes o para que éstos les ayuden. Cabe añadir, sin embargo, que en futuros avances podremos desvelar el sentido de la ayuda, pues la información se encuentra disponible en SHARE.

Debemos destacar, además, que sólo al añadir el efecto del tiempo de observación, el género aparece como una variable a tener en cuenta, y ello es debido a que mientras que hasta el estallido de la crisis las mujeres convivían acompañadas en mucha mayor medida que los hombres, en el último período observado las probabilidades entre géneros se han igualado, e incluso revertido: a ello atiende el factor de interacción entre el género y el cuarto ciclo que se puede apreciar en el modelo expuesto en la tabla 4, y que se representa en el gráfico 3.

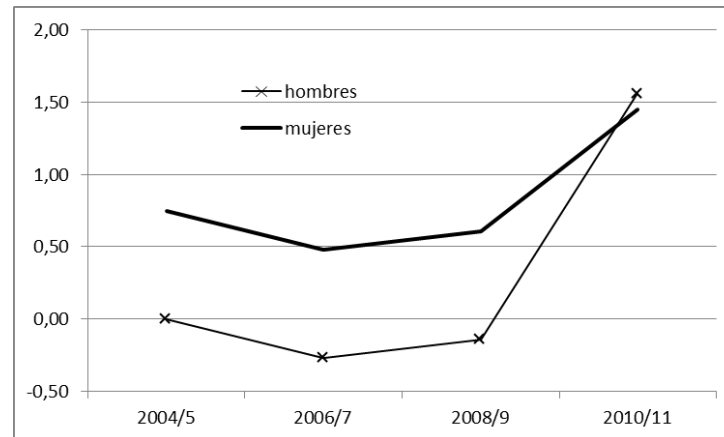
Tabla 4.- Relación de acompañamiento (coeficientes) según país de residencia, edad, sexo y período de observación

| | Coeficiente | Significación |
|------------------------|-------------|----------------|
| Austria | 0.00 | ref. |
| Holanda | -1.49 | *** |
| España | 4.50 | *** |
| Italia | 3.24 | *** |
| Francia | -0.08 | ns. |
| Dinamarca | -0.83 | *** |
| Suiza | -1.01 | *** |
| Bélgica | -0.04 | ns. |
| Edad simple | -1.60 | *** |
| Edad cuadrática | 0.01 | *** |
| Suecia (interacción) | 34.38 | ns. |
| edad simple | -1.06 | * |
| edad cuadrática | 0.01 | ** |
| Alemania (interacción) | -51.63 | * |
| edad simple | 1.40 | ** |
| edad cuadrática | -0.01 | ** |
| Mujeres (2004-2009) | 0.78 | *** |
| Ciclo 2010/11, hombres | 1.74 | *** |
| Ciclo 2010/11, mujeres | 1.57 | *** |
| Constante | 54.37 | *** |
| | Coeficiente | error estándar |
| /Insig _{2u} | 2.94 | 0.05 |
| sigma _u | 4.36 | 0.10 |
| rho | 0.85 | 0.01 |

Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/1.

Nota.- La tabla presenta las interacciones significativas, así la pauta de edad diferencial para Suecia y Alemania y el efecto diferencial según género para el cuarto ciclo.

Gráfico 3.- Evolución temporal de la probabilidad de vivir acompañado en lugar de en soledad (coeficientes) según sexo



Fuente.- Tabla 4.

Por otro lado, también hemos comprobado que esta evolución fue similar en toda la Europa visitada en esta investigación, de manera que no se precisa introducir un factor de interacción entre el momento de observación y el país de residencia.

En conclusión, la evolución del fenómeno tuvo forma de J (gráfico 3), creciendo agudamente con la explosión de la crisis. Hasta ese momento las mujeres siempre habían tenido probabilidades de convivir más elevadas que los varones, pero las mismas se igualaron por sexo en 2010/1 al tener mayor repercusión la crisis en las formas de convivencia de los hombres. Este mayor impacto bien puede deberse a que la población masculina se ha visto más afectada por la crisis que la femenina, o también a que el aumento de hogares compartidos refleja el alcance de la crisis sobre los hijos de la población observada, que en caso de apuros económicos pueden verse forzados a regresar al hogar paterno o materno, o a acoger a sus mayores en el propio hogar.

4.2.- El efecto del nivel de instrucción, número de hijos y renta relativa sobre el tipo de hogar

Una vez controlado por la estructura demográfica y el momento de observación, este modelo incluye el nivel de instrucción, asumiendo -siguiendo la teoría del capital humano- que a mayor grado educativo, mayor renta y, en consecuencia, mayor independencia en la elección del tipo de hogar. En general, claramente, el convivir con otras personas (que no sean la pareja) en lugar de vivir solo es tanto menos probable cuanto mayor es el nivel de

instrucción, sin que existan diferencias en este sentido entre hombres y mujeres. En concreto, tal y como podemos apreciar por los coeficientes expuestos en la tabla 5, la ratio de acompañamiento es 0,95 veces menor con la educación media que con la básica, y 1,67 veces menor en la universitaria en relación a la misma referencia.

Tabla 5.- Efecto del nivel de instrucción en la probabilidad de convivir acompañado en lugar de solo (coeficientes): controlando por país de residencia, edad, sexo y momento de observación

| | Coeficiente | valor de p |
|-------------------------|-------------|------------|
| Máximo educación básica | 0,00 | ref. |
| Educación media | -1,08 | 0,00 |
| media en 2008/2009 | -0,45 | 0,41 |
| media en Suiza | 0,55 | 0,01 |
| Educación superior | -1,75 | 0,00 |
| superior en Holanda | 0,84 | 0,02 |

Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/1.

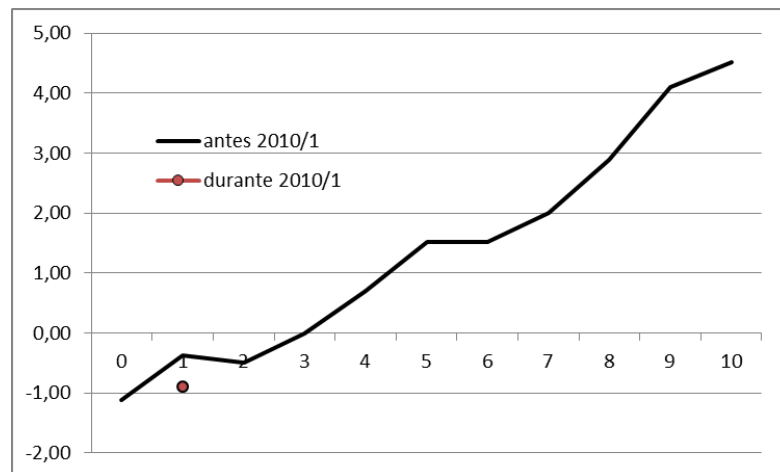
Nota: Los coeficientes mostrados en las interacciones resultan de la suma de los coeficientes de las variables involucradas en la misma.

Con todo, debemos hacer algunas acotaciones menores en relación a la vinculación del nivel de instrucción según país de residencia y momento observado, pero que no retocan en absoluto la máxima que acabamos de exponer. En primer lugar, se ha comprobado que no siguen este patrón quienes habían accedido a una educación media en Suiza (coeficiente de 0,55) o habían accedido a una educación superior en Holanda (coeficiente de 0,84) pues la probabilidad de convivir acompañado era superior que para los niveles educativos inferiores. En segundo lugar, vemos que en toda Europa en el tercer punto temporal observado quienes tenían una educación media no redujeron tanto su probabilidad de convivencia, como si hubiesen sido los primeros en darse cuenta o sufrir los aciagos cambios que se avecinaban. Este grupo educativo se vio afectado en mayor medida que el resto en el momento de explosión de la crisis, aunque dos años más tarde se había ya producido una convergencia entre todos los niveles de instrucción.

4.3.- ¿A mayor número de hijos mayor probabilidad de convivir?

Una de las hipótesis directoras de esta investigación proponía que a mayor número de hijos, mayor probabilidad de residir no en soledad sino en compañía, siempre – recordemos- en ausencia de pareja. Controlando por todas las variables independientes que hasta ahora hemos considerado (país de residencia, edad, sexo, año de observación y nivel de instrucción), debemos separar el patrón mostrado antes de la crisis económica y cuando ésta ya había contaminado plenamente la vida cotidiana, en 2010/1 (gráfico 4). En este último momento la máxima enunciada se cumple: a mayor número de hijos, mayor probabilidad de convivir con otras personas en vez de hacerlo solo.

Gráfico 4.- Probabilidad de vivir en compañía según número de hijos y período de observación (controlando por las otras variables incluidas hasta ahora en el modelo)



Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/1.

Sin embargo, antes de la eclosión de la crisis esta regla se rompía en la relación entre uno y dos hijos, pues la ratio de convivencia era algo superior si se habían tenido sólo un hijo que si se había tenido un par. Este patrón era más agudo en Italia y España (no hay espacio, como hubiese sido nuestra intención, para profundizar en estas particularidades: baste aquí la promesa de que en fases posteriores de esta investigación se incidirá en este punto). Es decir, todo indica que, cuanto menos en momentos de bonanza económica, tener un solo hijo supone en mayor medida la presencia de éste en el hogar que tener un par de hijos.

Para simplificar la variable relativa al número de hijos agrupamos a quien tiene cinco o más. Al añadir esta variable algunas interacciones que habían sido consideradas caen por

falta de significación suficiente: así acaece con la que habíamos incluido entre residir en Suecia y la edad, así como también la particularidad descubierta para el género durante el cuarto ciclo. La significación de estas variables se desvanece al tener en cuenta la pauta descubierta según el número de hijos tenidos. Ninguna de ellas volverá a presentarse con suficiente fuerza a partir de ahora, por lo que dejamos de tenerlas en consideración, en aras de la parsimonia del modelo. En definitiva, una vez se controla por el número de hijos, ni Suecia se presenta con una pauta por edad distinta a los demás países, ni el género aparece distinto durante el cuarto ciclo, sino que reviste importancia a lo largo de todo el período observado, pues las mujeres sin pareja siempre han experimentado una probabilidad de convivir con otras personas en vez de solas substancialmente superior a la de los hombres en la misma situación marital. Además, tampoco el momento de observación (antes o después del estallido de la crisis) aparece con suficiente intensidad, a no ser a través de sus interacciones con la educación y con el número de hijos (tabla 6). Esto refuerza la interpretación que el aumento de hogares compartidos entre los mayores durante la expansión de la crisis responde también al empeoramiento de la situación de los hijos. La convivencia se revela como una estrategia de solidaridad intergeneracional que opera en ambas direcciones.

Al llegar a este paso en la construcción del modelo aparece otra ventaja, pues los coeficientes entre los países se presentan ahora con la suficiente significación para distinguirlos con claridad de la referencia (Austria), con la única excepción de Alemania, característica que nos acompañará hasta el final de esta investigación. En conclusión, podemos afirmar que los patrones observados entre países tampoco deben su razón de ser a una fecundidad diferencial entre ellos, sino que la causa debe achacarse a una cultura idiosincrática en las distintas áreas, pues ni ahora ni en lo que queda de análisis ninguna variable conseguirá erosionar esta distancia interregional.

Destacar finalmente que el nivel de instrucción, con sus particularidades espaciales y temporales, mantiene inmutable su posición al incluir como variable los hijos habidos. En general, a mayor nivel de instrucción, menor probabilidad de vivir con otras personas en vez de hacerlo en soledad. Como ya se ha anotado, este patrón educativo fue menos acusado para la educación media en el tercer momento observado, y revistió un efecto contrario para la población con estudios medios en Suiza y con estudios superiores en Holanda, pues su probabilidad de convivir con otras personas fue mayor a la referencia, sin

que se nos ocurra ninguna explicación a todas estas singularidades encontradas en nuestro camino analítico.

Tabla 6.- Probabilidad de convivir acompañado en lugar de solo (coeficientes) en función del país de residencia, edad, género, educación y número de hijos

| | Coeficiente | Valor de p |
|----------------------------|-------------|------------|
| Dinamarca | -3,50 | 0,00 |
| Holanda | -3,01 | 0,00 |
| Suecia | -2,47 | 0,00 |
| Suiza | -1,86 | 0,00 |
| Francia | -0,59 | 0,02 |
| Bélgica | -0,49 | 0,09 |
| Alemania | -0,24 | 0,48 |
| Austria | 0,00 | ref. |
| Italia | 2,95 | 0,00 |
| España | 4,36 | 0,00 |
| edad | -1,36 | 0,00 |
| edad cuadrado | 0,01 | 0,00 |
| género (mujeres) | 0,44 | 0,03 |
| educación básica | 0,00 | ref. |
| media | -1,09 | 0,00 |
| universitaria | -1,76 | 0,00 |
| educación media en Suiza | 0,54 | 0,012 |
| universidad en Holanda | 0,83 | 0,018 |
| educación media 3r período | -0,35 | 0,012 |
| ningún hijo | -0,72 | 0,01 |
| un hijo | -0,44 | 0,07 |
| dos hijos | -0,59 | 0,01 |
| tres hijos | 0,00 | ref. |
| cuatro hijos | 0,66 | 0,03 |
| cinco o más hijos | 2,00 | 0,00 |
| 2010/11 | 0,27 | 0,049 |
| 2010/11 sin ningún hijo | -1,43 | 0,049 |

Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/1.

Las dos variables que a continuación se aplican no se recogieron para el tercer ciclo (SHARELIFE), por lo que todas las particularidades del mismo quedaran escondidas.

Así sucede con la siguiente variable que incluimos en el modelo explicativo: las limitaciones en las actividades de la vida diaria. Tal y como se ha expuesto en la metodología, SHARE ofrece un conjunto de limitaciones básicas (ABVD) y otras

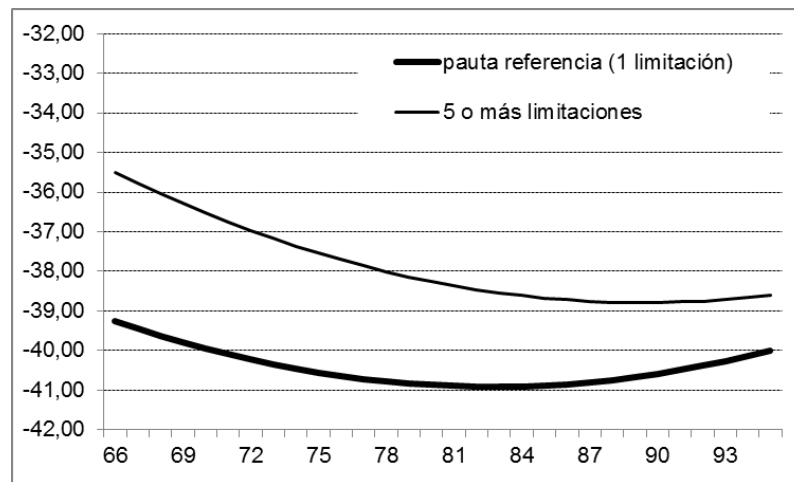
instrumentales (AIVD). En un análisis previo hemos comprobado que ambos grupos están relacionados, y que las limitaciones en las AIVD anulan la intensidad de las ABVD (tienen, pues más fuerza estas últimas, por lo que son las elegidas para ser incorporadas en el modelo explicativo). La escala de limitaciones instrumentales se ha agrupado en cuatro niveles significativos, según si un individuo no tenía ninguna (categoría de referencia), tenía de 1 a 3 dificultades, 4 limitaciones, o 5 o más dificultades instrumentales. Esta variable resulta ser muy importante, en especial si la persona tenía 5 o más limitaciones, característica que fuerza sobremanera la necesidad de convivir con otras personas y no en soledad.

Tal y como se esperaba, la pérdida de funcionalidad aumenta substancialmente la probabilidad de convivir con otras personas: controlando por todas las variables consideradas hasta el momento y considerando como referencia el no tener ninguna dificultad instrumental para la vida diaria (con un coeficiente de 0,00), se comprueba que este indicador se incrementa en 0,6 para quien tiene entre 1 y 3 limitaciones instrumentales, se duplica respecto al anterior para quien tiene 4 y es nueve veces superior a la referencia para quien experimenta 5 o más de estas limitaciones (estos coeficientes son los estimados antes de introducir la última variable de esta investigación, la renta disponible, variando un poco cuando ésta se considera, como se comprueba en la tabla 7).

4.4.- Limitaciones en las actividades de la vida diaria

En este paso se advierte que la probabilidad de convivir con otras personas disminuye con la edad de manera muy significativa cuando el nivel de dificultad instrumental es muy elevado, por lo que hemos introducido en el modelo una interacción entre la edad y el tener 5 o más limitaciones instrumentales. La inclusión de la variable de limitaciones en AIVD erosiona la pauta de edad inicialmente observada (gráfico 5). Comprobamos que a igual número de limitaciones, la probabilidad de convivencia va disminuyendo ligeramente hasta los 80 años y se incrementa a partir de los 85 años, un punto de inflexión que no se observa para aquellos que tienen 5 o más limitaciones. Es decir, no es el hecho de ir cumpliendo años sino las condiciones en que se envejece, la pérdida de autonomía funcional, lo que provoca la convivencia y explica el aumento de coresidencia entre los más mayores.

Gráfico 5.- Probabilidad de vivir en compañía según edad y gran dificultad (controlando por las otras variables incluidas hasta ahora en el modelo)



Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5 a 2010/1.

4.5.- ¿A mayor renta, mayor soledad?

Otra hipótesis pronunciada al inicio de este trabajo reza que alguien vive solo si puede permitírselo, pues no precisa convivir con alguien para obtener ayuda, ya que puede adquirir los servicios que necesite en el mercado. Esta variable clave también está incluida en nuestra base de datos: esperamos que cuanto mayor sea el nivel de renta, menor la coresidencia y mayor la vida en solitario.

Para que este indicador ofrezca coeficientes significativos debemos situar al individuo por debajo o encima de la mediana de ingresos para cada país y momento de observación (por esta falta de finura no ha sido posible trabajar con cuartiles, como era nuestra intención inicial). Si se toma como referencia estar por debajo de la mediana, una renta por encima de ésta supone una convivencia mucho menor (en concreto, con un coeficiente de -0,45), luego se verifica la hipótesis inicial. Sólo aparece una excepción a esta regla con suficiente claridad: España, pues en este país ser de los más ricos supone una mayor tendencia a la compañía, quien sabe si para ayudar, más que para ser ayudado.

Como era de esperar, al introducir la renta del individuo desaparece el efecto del momento de observación, es decir, el efecto de la crisis se delimita con claridad. Llegamos así al modelo final que presenta la tabla 7.

Tabla 7.- Modelo en la ratio entre vivir acompañado o en soledad

| | Coeficiente | valor de p |
|--|-------------|------------|
| Dinamarca | -3,66 | 0,00 |
| Holanda | -2,71 | 0,00 |
| Suecia | -2,68 | 0,00 |
| Suiza | -1,71 | 0,00 |
| Bélgica | -0,61 | 0,06 |
| Francia | -0,54 | 0,06 |
| Alemania | -0,37 | 0,32 |
| Austria | 0,00 | ref. |
| Italia | 2,86 | 0,00 |
| España | 3,61 | 0,00 |
| edad | -1,06 | 0,00 |
| edad cuadrado | 0,01 | 0,00 |
| genero (mujeres) | 0,39 | 0,07 |
| educación básica | 0,00 | ref. |
| media | -1,00 | 0,00 |
| universitaria | -1,13 | 0,00 |
| educación media en Suiza | 0,72 | 0,03 |
| ningún hijo | 0,00 | ref. |
| un hijo | -1,46 | 0,00 |
| dos hijos | -0,36 | 0,18 |
| tres hijos | -0,49 | 0,06 |
| cuatro hijos | 0,74 | 0,02 |
| cinco o más hijos | 1,86 | 0,00 |
| Ninguna limitación instrumental | 0,00 | ref. |
| entre 1 y 3 limitaciones | 0,54 | 0,00 |
| 4 limitaciones | 1,07 | 0,01 |
| 5 o más limitaciones | 8,41 | 0,01 |
| interacción edad con 5+ | -0,07 | 0,08 |
| Por encima de la mediana en renta | -0,46 | 0,01 |
| sin información sobre renta | -0,20 | 0,31 |
| interacción encima de la mediana en España | 0,46 | 0,02 |
| Constante | 37,72 | 0,00 |

Fuente.- Elaboración a partir de SHARE, 2004/5, 2006/7 y 2010/1.

5.- Conclusiones y discusión

Retomando la pregunta inicial, ¿las diferencias interregionales en las formas de convivencia de los mayores se deben a factores estructurales o coyunturales, o bien a elementos culturales? De entrada todo hace pensar que los patrones residenciales específicos de cada país se deben a culturas idiosincráticas. La ratio observada de quienes conviven en compañía de personas fuera de su pareja y quienes viven en soledad no presenta diferencias estadísticamente significativas a lo largo de la Europa central, representada por Austria, Alemania, Francia y Bélgica, un área con un estado de bienestar conservador que muestra un punto medio en el ranquin de nuestro objeto de estudio. Frente a ella, la Europa nórdica y socialdemócrata, donde es relativamente mucho más probable vivir en soledad más allá de los 65 años, formada por el conjunto de Suecia, Holanda, Dinamarca y también Suiza (como único elemento de la Europa central y con estado de bienestar conservador). Suecia encabeza los países con más solitarios entre los 65 y los 80 años, pero a partir de esta edad, las proporciones de población que convive acompañada se alzan con fuerza frente a la de los que viven en solitario, tal vez debido a que muchos de los que viven solos salen de observación al institucionalizarse cuando sufren un importante deterioro del estado de salud (Laferrère *et al.* 2013) o pasan a convivir con otras personas: sea lo que sea, lo cierto es que sólo acontece en Suecia (entre los 10 países analizados). En el otro extremo, con un mayor acompañamiento frente a la soledad, brilla con luz propia la Europa del sur, representada por España e Italia. Tras mucho bregar con la tipología de los diez países observados, y tras controlar por la estructura demográfica, el nivel educativo y económico, el número de hijos, la incapacidad funcional y la coyuntura del momento de observación, no se ha conseguido desvelar las causas de la distancia en la ratio de acompañamiento que, lejos de disminuir, se amplifica una vez se controla por todos estos factores.

La tentación de atribuir este hecho a su “familismo” es muy fuerte, y vendría avalado por la disparidad que se da en las actitudes hacia la solidaridad familiar sobre el apoyo a los mayores (Albertini y Kohli 2013). Se afirma así que mientras que a los nórdicos les gusta vivir solos, a los meridionales les gusta vivir acompañados. Pero también es plausible pensar que mientras que en los países socialdemócratas los servicios públicos les permiten vivir solos hasta que necesitan asistencia continuada ante una pérdida importante de autonomía funcional, la falta de estos obliga en el sur de Europa a convivir con otras personas. Algunos de los resultados obtenidos aportan evidencias que confirmarían esta

última interpretación. El hecho que 1) la severa limitación en las actividades instrumentales de la vida diaria sea el factor que mayor impacto tiene sobre la probabilidad de vivir acompañado, 2) con la crisis económica se han disparado los hogares compartidos en detrimento de los solitarios, y 3) que se ve claramente un patrón en que a mayor nivel educativo, así como a mayor nivel de renta, mayor ratio de hogares unipersonales, que nos hace pensar que nos hayamos más ante una mayor libertad de elección en los países socialdemócratas que ante un supuesto “familismo” o necesidad de compañía en los del sur. Esto último es cierto para todos los países salvo España, donde el nivel de renta superior indica mayor probabilidad de estar conviviendo con otras personas. ¿Por qué? Aunque en caso de discapacidad los mayores españoles prefieren convivir con familiares en lugar de solos, precisamente disponer de fuentes de ingresos desincentiva la coresidencia incluso en caso de viudedad (Fernández Carro 2013). La hipótesis que hemos lanzado incide en que tal vez la población mayor no es la cuidada, sino la que cuida de otras personas -en especial sus hijos- cuando las condiciones económicas lo permiten.

Hemos descubierto que el contexto económico (de la expansión a la crisis) ha supuesto un cambio brusco en el nivel de soledad residencial, lo que interpretamos como que mientras un marco de expansión económica favorece los hogares de solitarios, la crisis los dificulta, forzando a la población mayor a buscar la compañía de otras personas. Además, en contra de lo aportado en la bibliografía, hemos comprobado que el cambio súbito relatado se ha producido a lo ancho de toda la geografía europea, por lo que debemos desmentir que existan particularidades culturales en lo que al efecto del contexto económico se refiere.

El último momento observado también ha significado un reverso en el patrón de género, pues mientras que durante la expansión las mujeres vivían más en compañía, la distancia entre sexos ha desaparecido con la crisis: de lo que inferimos que las dificultades han incidido con mayor virulencia entre los hombres que entre las mujeres. O bien, que han podido ser las dificultades económicas de los hijos adultos las causantes de una mayor proporción de hogares compartidos obligando a algunos de ellos a regresar al hogar paterno, lo que afectaría por igual a los adultos mayores indistintamente del sexo. En este sentido, el hecho de que en el periodo de crisis la ratio de convivencia aumente conforme lo hace el número de hijos mientras que anteriormente se observaba una pauta algo diferente también induce a pensar que el empeoramiento de las condiciones de vida de los hijos ha influido en una mayor ratio de convivencia entre los mayores durante la crisis. El aumento de convivencia en el período de crisis podría ser una respuesta a las necesidades

de los hijos, ya que la coresidencia con hijos es más frecuente cuando éstos son solteros o siguen estudiando, pero la probabilidad de convivencia es incluso mayor cuando son divorciados o viudos y cuando están desempleados (Albertini y Kohli 2013).

Previamente a la crisis, el mayor número de hijos estaba asociado a mayor ratio de acompañamiento a partir de los tres hijos. Sin embargo, era más probable vivir acompañado cuando se tenía un solo hijo que cuando se tenía dos. Este patrón que se observaba, aunque con diferente intensidad, en los países de centro y sur sugiere que entre padres e hijos únicos se establecen unos lazos de solidaridad diferenciales, tal vez debido a un mayor sentido de responsabilidad que podría diluirse cuando son dos los descendientes, o bien a cuestiones más pragmáticas como el intercambio de recursos: asistencia y compañía a cambio del patrimonio que acabará siendo para el único vástago.

Los patrones residenciales descritos parecen responder a la diversidad de regímenes de cuidado observados según su regulación en países nórdicos, donde la responsabilidad de asistir a los mayores es del Estado, y en los países del centro o meridionales, donde la obligación recae primordialmente sobre la familia (Stark 2005). Esto se refleja no sólo en las pautas de institucionalización, muy superior en los países del norte, sino también en la composición de las redes de apoyo informal dentro del hogar, que en los países del sur está compuesta básicamente por familiares mientras que en los del centro y especialmente en los del norte participan también personas ajenas a la red familiar (Fernández Carro 2013). Por ejemplo en España, 8 de cada 10 mayores que reciben cuidados son atendidos por un familiar como cuidador principal, mayoritariamente el cónyuge o una hija, que generalmente reside en el mismo hogar; aunque desde los noventa se ha producido un aumento progresivo de la privatización del cuidado (Martínez 2011). La externalización de la asistencia a los mayores se expandió gracias al desarrollo de la conocida como Ley de Dependencia, a pesar de que alrededor de la mitad de las transferencias monetarias percibidas fueron destinadas a cuidados no profesionales provistos dentro del entorno familiar (Martínez 2011). El devenir de la crisis ha supuesto un aumento de la coresidencia de las personas mayores en todos los países observados, sin embargo, es de prever que la erosión de la protección social así como el aumento del desempleo tenga un impacto mayor o a más largo plazo en aquellos países donde la crisis está siendo más virulenta: una hipótesis que podrá ser verificada en posteriores ciclos de SHARE.

Referencias bibliográficas:

- ABELLÁN, Antonio et al. (2007). *A propósito de las condiciones de vida de las personas mayores*. Madrid: IMSERSO.
- ALBERTINI, Marco; GARRIGA, Anna (2011). "The effect of divorce on parent-child contacts". *European Societies*, 13 (2): 257-278.
- ALBERTINI, Marco; KOHLI, Martin (2013). "The generational contract in the family: an analysis of transfer regimes in Europe". *European Sociological Review*, 29 (4): 828-840.
- ALBERTINI, Marco; KOHLI, Martin; VOGEL, Claudia (2007). "Intergenerational transfers of time and money in European families: common patterns-different regimes?". *Journal of European Social Policy*, 17 (4): 319-334.
- AQUILINO, William S. (1990). "The likelihood of parent-adult child coresidence: Effects of family structure and parental characteristics". *Journal of Marriage and the Family*, 52 (2): 405-419.
- ATTIAS-DONFUT, Claudine; OGG, Jim; WOLF, François-Charles (2005). "Family support". BÖRSCH-SUPAN, A.; BRUGIVIANI, A.; JÜRGES, H.; MACKENBACH, J.; SIEGRIST, J.; WEBER, G. (Ed.). *Health, Ageing and Retirement in Europe. First Results from the Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe*. Mannheim (Germany): Mannheim Research Institute for the Economics of Aging.
- BISHOP, C. E. (1986). "Living arrangements choices of elderly singles". *Health Care Financing Review*, 7 (3): 65-73.
- DAATLAND, Svein Olav; LOWENSTEIN, Ariela (2005). "Intergenerational solidarity and the family-welfare state balance". *European Journal of Ageing*, 2 (3): 174-182.
- DE JONG GIERVELD, Jenny; DE VALK, Helga; BLOMMESTEIJN, Marieke (2001). "Living arrangements of older persons and family support in more developed countries". *Population Bulletin of the United Nations. Living Arrangements of Older Persons: Critical Issues and Policy Responses*, 42/43: 193-214.
- DELBÈS, Christiane; GAYMU, Joëlle; SPRINGER, Sabine (2006). "Les femmes vieillissent seules, les hommes vieillissent à deux. Un bilan européen". *Population Et Sociétés*, 1: 419.
- FERNÁNDEZ CARRO, Celia (2013). *Ageing in Place in Europe: a multidimensional approach to independent living in later life*. Tesis doctoral.
- FESTY, Patrick; RYCHTARIKOVA, Jitka (2008). "Living conditions for the elderly in the late twentieth century". GAYMU, J.; FESTY, P.; POULAIN, M.; BEETS, G. (Ed.). *Future elderly living conditions in Europe*. Paris: INED, pp. 41-70.
- HANK, Karsten (2005). *Spatial proximity and contacts between elderly parents and their adult children: a European comparison*. DIW-Diskussionspapiere, 510.
- IACOVOU, Maria (2000). "Health, wealth and progeny: Explaining the living arrangements of older European women". Essex University: Institute for Social and Economic Research. Paper 8.
- ISENGARD, Bettina; SZYDLIK, Marc (2012). "Living apart (or) together? Corresidence of elderly parents and their adult children in Europe". *Research on Aging*, 34 (4): 449-474.

KALMIJN, Matthijs; SARACENO, Chiara (2008). "A comparative perspective on intergenerational support: responsiveness to parental needs in individualistic and familialistic countries". *European Societies*, 10 (3): 479-508.

KLEVMARKEN, N. Anders; SWENSSON, Bengt; HESSELIUS, Patrik (2005). "The SHARE sampling procedures and calibrated design weights". BÖRSCH-SUPAN, Axel; JÜRGES, Hendrik (Ed.). *Health, Ageing and Retirement in Europe-Methodology*. Mannheim (Germany): Mannheim Research Institute for the Economics of Aging, pp. 28-37.

KOHLI, Martin; KÜNEMUND, Harald; LÜDICKE, Jörg (2005). "Family structure, proximity and contact". BÖRSCH-SUPAN, A.; BRUGIVIANI, A.; JÜRGES, H.; MACKENBACH, J.; SIEGRIST, J.; WEBER, G. (Ed.). *Health, Ageing and Retirement in Europe. First Results from the Survey of Health, Ageing and Retirement in Europe*. Mannheim (Germany): Mannheim Research Institute for the Economics of Aging.

LAFERRÈRE, Anne et al. (2013). "Entry into institutional care: predictors and alternatives". BÖRSCH-SUPAN, A. et al. (Ed.). *Active ageing and solidarity between generations in Europe*, Cap. 22, pp. 253-264. [Link](#).

LÓPEZ DOBLAS, Juan (2005). *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*. Madrid: IMSERSO.

LÓPEZ DOBLAS, Juan; DÍAZ CONDE, María del Pilar (2013). "La modernización social de la vejez en España". *Revista Internacional de Sociología*, 71 (1): 65-89.

MARTÍNEZ BUJÁN, Raquel (2011). "La reorganización de los cuidados familiares en un contexto de migración internacional". *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 29: 93-123.

MICKUS, Maureen; STOMMEL, Manfred; GIVEN, Charles W. (1997). "Changes in living arrangements of functionally dependent older adults and their adult children". *Journal of Ageing Health*, 9 (1): 126-143.

MUTCHLER, Jan E.; BURR, Jeffrey A. (1991). "A longitudinal analysis of household and nonhousehold living arrangements in later life". *Demography*, 28 (3): 375-390.

PALLONI, Alberto (2001). "Living arrangements of older persons". Population Bulletin of the United Nations. Living Arrangements of Older Persons: Critical Issues and Policy Responses, 42-43: 54-110.

PAMPEL, Fred C. (1992). "Trends in living alone among the elderly in Europe". *Elderly Migration and Population Redistribution*: 97-117.

PÉREZ ORTIZ, L. (2006). *La estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*. Madrid: IMSERSO.

PEZZIN, Liliana E.; SCHONE, Barbara S. (1999). "Parental marital disruption and intergenerational transfers: An analysis of lone elderly parents and their children". *Demography*, 36 (3): 287-297.

RABE-KESKETH, Sophia; SKRONDAL, Anders (2008). *Multilevel and Longitudinal Modeling Using Stata*. Texas (USA): Stata Press Publication.

ROBINE, Jean-Marie; ROMIEU, Isabelle; CAMBOIS, Emmanuelle (1999). "Health expectancy indicators". *Bulletin of the World Health Organization*, 77 (2): 181-185.

SPEARE, Jr. Alder; AVERY, Roger; LAWTON, Leora (1991). "Disability, residential mobility, and changes in living arrangements". *Journal of Gerontology*, 46 (3): S133-S142.

SPITZE, Glenna; LOGAN, John R.; ROBINSON, Joyce (1992). "Family structure and changes in living arrangements among elderly nonmarried parents". *Journal of Gerontology*, 47 (6): S289-S296.

STARK, Agneta (2005). "Warm hands in cold age-On the need of a new world order of care". *Feminist economics*, 11 (2): 7-36.

WOROBAY, Jacqueline L.; RONALD J., Angel (1992). "Functional capacity and living arrangements of unmarried elderly persons". *Journal of Gerontology*, 45 (3): S95-S101.

ZUERAS, Pilar (2012). Age and cohort effects in parent-child coresidence among elderly adults in Catalonia. Master thesis of the European Master in Demography.

ZUERAS, Pilar; AJENJO, Marc (2010). "Modelos de convivencia de las personas mayores en Cataluña. Impacto del deterioro de la salud en la independencia residencial". *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 45 (5): 259-266.

ZUERAS, Pilar; MIRET, Pau (2013). "Mayores que viven solos: una panorámica a partir de los censos de 1991 y 2001". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 144: 139-152.

Agradecimientos:

This paper uses data from SHARE wave 1 and 2 release 2.5.0, as of May 24th 2011, SHARELIFE release 1, as of November 24th 2010, and SHARE wave 4 release 1.1.1, as of March 28th 2013. The SHARE data collection has been primarily funded by the European Commission through the 5th Framework Programme (project QLK6-CT-2001-00360 in the thematic programme Quality of Life), through the 6th Framework Programme (projects SHARE-I3, RII-CT-2006-062193, COMPARE, CIT5-CT-2005-028857, and SHARELIFE, CIT4-CT-2006-028812) and through the 7th Framework Programme (SHARE-PREP, N° 211909, SHARE-LEAP, N° 227822 and SHARE M4, N° 261982). Additional funding from the U.S. National Institute on Aging (U01 AG09740-13S2, P01 AG005842, P01 AG08291, P30 AG12815, R21 AG025169, Y1-AG-4553-01, IAG BSR06-11 and OGHA 04-064) and the German Ministry of Education and Research as well as from various national sources is gratefully acknowledged (see www.share-project.org for a full list of funding institutions).

Una versión preliminar de este artículo fue presentada al *XI Congreso Español de Sociología*, al grupo de trabajo sobre Sociología de la Edad y Ciclo vital, coordinado por Lourdes Pérez Ortiz. Los autores agradecen los valiosos comentarios recogidos en este foro.

Este artículo forma parte de la tesis de Pilar Zueras que se realiza en el marco del Doctorado de Demografía de la Universidad Autónoma de Barcelona.